

LAMBERTO SANZ ESTERAS

# Los pájaros en Getafe

---



Enero del 2015

---

Digamos que hablo de Getafe, por Lamberto Sanz Esteras.

## LOS PÁJAROS EN GETAFE.

Mucha gente opina, desde algunos medios de comunicación, que ya nos estamos quedando sin pájaros. No sé; la verdad es que no lo sé. Al levantarme suelo escuchar los fuertes trinos de un par de mirlos y también el graznido de alguna blanquinegra urraca.



Muy cercanas a mi casa hay dos pequeñas plazas en las que todas las mañanas abundan los gorrioncillos, por cierto bastante gorditos, picoteando por el suelo en busca de alimento. No les faltan los restos de las meriendas de los niños, que por allí juegan, y las miguitas de pan que algún caritativo vecino deposita intencionadamente.



Personalmente he comprobado que, en los últimos tiempos, tanto en los gigantes chopos de la plaza de España, como en los frondosos pinos del parque de los Escolapios así como también en los esbeltos cipreses del cementerio municipal, día a día, se puede oír el estridente piar de las verdes cotorras que, sin saber muy bien cómo, han venido a invadir nuestros cielos (si no se pone pronto remedio, en unos años serán plaga).



Guiados por nuestro buen amigo “Sacris” el día 25 de abril del pasado año 2013, un nutrido grupo de personas del taller “HABLEMOS DE GETAFE”, tuvimos la gran suerte de visitar Perales del Río, donde afortunadamente pudimos gozar de la visión que nos proporcionaba una gran cantidad de ejemplares de cigüeña blanca, algunas en los muros de la Iglesia de los santos Justo y Pastor, unas pocas en pleno vuelo y otras en sus nidos, próximos al cauce del Manzanares.



Además pudimos deleitarnos también, contemplando el sosegado vuelo del milano negro, muy cerca de los arenales, y con la bella perspectiva de unos campos sembrados de florecillas silvestres. Precioso día.



Una vez más trato de recordar tiempos pasados ¡qué le vamos a hacer! Aquellos tiempos pasados de la niñez y de la juventud, cuajados de pura inocencia y de bastante ignorancia. Y me acuerdo ¡vaya que si me acuerdo! de los chicos de mi barrio, con el tirachinas en la mano y unas cuantas piedrecillas en los bolsillos, persiguiendo a los gorriones y a los “pitusis” por el paseo de la estación y por los árboles que daban a la calle que dividía el gran parque de los Escolapios de la huerta de las monjas Pastoras. Recuerdo perfectamente que en el tejado del colegio de la Divina Pastora anidaba una gran cantidad de tordos, negros y gordos, que por las mañanas, desde el amanecer, piaban potentemente y hacían cortos vuelos sobre el mismo tejado.





En el alero, bajo las tejas de la cubierta del gran almacén de mercancías, que había en la estación corta, con entrada por la vía muerta, anidaban los vencejos. Volaban muy rápidos, a ras de los tejados, chirriando en comitiva hacia un lado y hacia otro, volviendo rápidamente al mismo lugar. Y también volaban en espiral, a gran altura, aprovechando las corrientes térmicas, en busca de su principal alimento: los mosquitos. Estos pequeños pájaros tienen unas garras muy afiladas, que nos clavaban en las manos, cuando nos atrevíamos a cogerlos en el interior de sus nidos. También anidaban, una gran cantidad de ellos, en los tejados cercanos a la Iglesia Grande.

En el interior de un torreón del colegio de los Escolapios, el que da al noroeste, se podían ver tres o cuatro parejas de cernícalos comunes, que es la menor de las aves rapaces, con su precioso plumaje de color marrón rojizo, con pintas negras y la cola de color gris y negro. Se alimentaban de pequeños ratoncillos, gusanos y saltamontes.



De bonito plumaje grisáceo, y algunas blanco, las palomas habitaban tranquilas dentro de las ruinosas paredes de la Iglesia parroquial de San Eugenio (más conocida en Getafe como la Iglesia Chica). El pavimento de este caótico recinto estaba totalmente cubierto por los excrementos de estas ratas voladoras. Pero donde más palomas había era en la Iglesia Grande (la de Santa María Magdalena); sobre los tejados, bajo las tejas, en la torre y en la cubierta, habitaban cientos y cientos de palomas.



Allí anidaban, criaban sus pichones, dormían con su constante run-run, run-run y depositaban sus excrementos por todas partes; en fin que vivían plácidamente, o quizás no tan plácidamente, pues las gentes decían que había quien las perseguía y se alimentaba de los tiernos pichones, hasta tal punto de que al padre del entonces párroco se le apodó con el apelativo cariñoso de “el tío pichonero” (título que por supuesto heredó Don Rafael).

Las palomas torcaces vivían a su aire (nunca mejor dicho) por los campos, anidando entre juncos y retamas, pero acosadas siempre por los cazadores. Y algunas parejas de tórtolas, con su collarín, paseaban siempre de dos en dos por cualquier parte.

También en la torre mudéjar de la Iglesia Grande, convivían unas familias de lechuzas, con ojos de mirada penetrante y espectaculares giros de cabeza circulares, que durante las fiestas, por la noche, con el estruendo de los cohetes, salían del campanario en bandada, luciendo en la penumbra la blancura de sus cuerpos de cortas y fuertes alas.



Todos los años, por San Blas, un par de cigüeñas blancas venían de visita. Fabricaban un hermoso nido por encima del campanario, justo en el pico suroeste del pizarroso chapitel de la torre. En primavera se las oía crotorar animosas; se alimentaban de ratoncillos, lombrices, lagartijas y saltamontes, criando cada año un par de cigoñinos.



Las golondrinas volvían en primavera, tal y como poéticamente lo describiera el sevillano Gustavo Adolfo. De negro plumaje, con el pecho blanco y una corbatilla de color rojizo bajo el pico. Fabricaban sus nidos con pajas y con barro, resguardados en las cornisas de los edificios; muchos de estos nidos duraban de un año para otro.



En los troncos de las acacias, las abubillas, aprovechaban cualquier hueco para establecer su nido. De hermoso plumaje, con el pecho de color marrón claro, y las alas al igual que la cola con plumas blancas y negras, y con una cresta espectacular. Este precioso pájaro huele fatal; algunos muchachos metíamos la mano en sus nidos, sólo por curiosidad, y la sacábamos comprobando personalmente aquel olor tan nauseabundo. Su principal alimento eran las larvas, las orugas, los grillos y las hormigas. Tienen un canto suave, repetitivo, insistente y bastante particular (algo así como un tu-tu, tu-tu).





Bandadas de perdices rojas corrían y efectuaban cortos vuelos por el campo, en el lugar llamado “de los gallegos”, al pie de la cuesta de la Cantueña, a la derecha; limitando ya con el término municipal de Fuenlabrada.

En aquel lugar, abierta la veda, se juntaban más de una docena de cazadores, pertrechados con sus escopetas de dos cañones y acompañados por unos cuantos lebreles, que les levantaban la caza. También se las podía ver en bandadas, por las tierras al sur del Cerro de los Ángeles, en las proximidades de la llamada Cueva del Culiebre y en los cercanos cerros de Parla y de Torrejón de Velasco.

Codornices muy pocas, pero de vez en cuando también aparecían algunas bandadas, escondidas en los barbechos de los sembrados, al término de la siega. Estas pequeñas avejillas de plumaje color marrón pardo, con pequeñas manchas blancas y negras, se mimetizan perfectamente en los terrenos que habitan y no es fácil distinguirlas.



Las avutardas son unos pájaros de porte muy elegante, bastante mayores que las gallinas; hoy están casi extinguidas en los alrededores de nuestro pueblo. Con el cuello estirado pasean ufanas por el campo, mirando hacia un lado y hacia otro de modo desconfiado, y no es para menos, pues son un trofeo pretendido por cualquier cazador. De bonito plumaje, pardo por la parte del lomo, y canela y blanquecino por la pechuga. Los machos son mayores que las hembras, tienen una especie de bigotes y pueden llegar a pesar los diez quilos. Suelen ir solas, nunca en bandadas, se las podía ver por detrás del Cerro de los Ángeles, cerca de la Marañoso, por Perales del Río, por las llanuras de la Aldehuela y también por las tierras cercanas a Parla y Valdemoro.

Costumbre algo extendida era el enjaular a algunos pájaros y pajarillos. Lo más normal era tener una jaula con un par de jilgueros, un verderón, o un canario, que con sus cantos, gorjeos y silbidos, alegraban el silencio de los patios. Había quien enjaulaba perdices, pero a estas había que ponerlas una especie de almohadilla en lo más alto de la jaula, porque ellas se pasaban gran parte del día dando saltos y se dañaban la cabecita.



Los gallos y las gallinas, eran muy comunes en los patios de las casas, algo menos los patos y los pavos. Todos ellos eran una parte importante de la economía doméstica, pues se aprovechaban los huevos durante todo el año y se sacrificaban las aves adultas, para las comidas y las cenas, muy especialmente en los días de Navidad. ¡Ay de aquellos sabrosos pollos con tomate y aquellas gallinas guisadas en pepitoria! ¡Qué tiempos, Señor, qué tiempos! En cierta época las gallinas cluecas engüeraban los huevos que ponían. Y por cierto, a los más pequeños de la casa, a la gente menuda, a los niños, nos encantaba ver salir torpemente de los cascarones a los amarillentos polluelos, nos quedábamos mirando como embobados y casi no nos atrevíamos a tocarlos.



Los sisones son unos pájaros de un tamaño algo mayores que las perdices, estas aves son parcialmente migratorias y solían proceder del norte de España y el sur de Francia. Gustan de los espacios abiertos, adaptándose perfectamente a los barbechos y medios cultivados de baja altura. Aquí en Getafe se les podía ver en bandadas por las cercanas tierras del Cerro Buenavista, antes del crecimiento urbanístico. El macho, en época de reproducción adopta un plumaje diferente al de la hembra, por la parte del cuello y cabeza, con el fin de atraerla. Su nombre es debido al curioso siseo que estos pájaros producen al volar. Se alimenta de insectos y su carne es comestible. Son perseguidos por las aves rapaces, particularmente por los alcotanes.



MACHO



HEMBRAS EN BANDADA

Los aviones son unos pájaros de la familia de las golondrinas y muy parecidos a los vencejos, con los que se les suele confundir. Tienen el plumaje de color negro, con las plumas del pecho blancas, perfectamente visibles en su vuelo, muy semejante al de los citados vencejos. Los nidos, hechos con barro, son muy parecidos a los de las golondrinas que, al igual que éstas, construyen bajo los aleros de los edificios. Se alimentan de insectos, principalmente de mosquitos.



Otros aviones (pájaros de acero) surcaban los cielos de Getafe haciendo rugir sus motores. Fabricados en la factoría de la empresa C.A.S.A. por trabajadores getafenses. Eran los que llevaban los nombres de pájaros, como eran: Alcotán, Halcón y Azor, más conocidos en el argot aeronáutico como C-201, C-202 y C-207, respectivamente.





El primer vuelo del C-207 fue en 1955

Había una casa en Getafe que llamaba la atención, en cuya portada exterior figuraba, con letras doradas, GUSTAVO, por lo que la llamábamos “Casa Gustavo”, aunque los más mayores, que conocían la identidad de sus dueños la llamaban “el chalé de Bada Vasallo”. Estaba casi al final de la calle Madrid, en la acera de la derecha, pasando la calle Vinagre. Tenía una zona ajardinada en la parte delantera, un patio con pozo, y un hermoso manzano en la parte de atrás, y también un pequeño corral, donde en una gran jaula vivía un pavo real. Según creo era el único pavo real que había en Getafe. Era precioso como todos los pavos reales, y a los chiquillos nos gustaba verlo pasear de un lado para otro, de lejos claro está. Este pavo tenía la particularidad de que cuando algún muchacho intentaba alcanzar los frutos del manzano, el animalito comenzaba a vocear, avisando de esta peculiar manera a los operarios que trabajaban en la carpintería anexa, naturalmente propiedad del dueño del chalé, alguno de los cuales salía enseguida para tratar de espantar a los atrevidos intrusos. Me consta ¡vaya que si me consta!



Finalizado ya el verano, a mediados del mes de septiembre, mirando al cielo, el espectáculo que se nos ofrecía era realmente impresionante. Una auténtica procesión de pájaros. Eran decenas de grullas volando en formación, alineadas en punta de flecha, que se dirigían hacia el sur, hacia África, haciendo parada obligatoria en los humedales de las Tablas de Daimiel y del Coto de Doñana. Varios días eran aquellos, en los que podíamos contemplar atónitos, el pasatiempo que las aves migratorias nos ofrecían.



Los gorriones. Un punto y aparte merecen estos pajarillos. Posiblemente la más humilde de todas las aves del cielo. Es grande en su pequeñez, su simple visión es de lo más agradable, los saltitos que da para caminar son preciosísimos. Su piar es llamativo. Pía de muy diferentes maneras: cuando está tranquilo en lo alto de un árbol, cuando está llamando a su madre, cuando están en celo, y cuando al amanecer despierta el alba. Qué gusto escucharlos. Además es astuto, es listo, es prudente, en fin una verdadera joya de nuestro entorno. En Getafe había muchísimos, los veíamos por todas partes: saltando por los suelos de las eras, en busca de los granos de trigo y de cebada; en lo alto de las higueras, picoteando los frutos maduros; mejor en las parras que en las cepas de las viñas, saboreando el mosto de las uvas; en los regueros de las fuentes, compitiendo con las avispa, para tomar unas gotitas de agua e inmediatamente levantar su cabecita para engullirla. Cuando se mojaban casi totalmente, sacudían su frágil cuerpecito con una gracia especial. Principalmente anidaban en los árboles, pero había también grandes bandadas en las huertas, refugiados en el hueco de las norias y en los tejados de las vetustas casetas. Qué pajarillo tan simpático y lleno de vitalidad, inspirador de un dulce romanticismo tanto en chicos como en mayores. Una mansa fantasía de la naturaleza.

Pero no olvidemos que también eran objeto de deseo: por gusto, por vicio, o por necesidad. Estos pajarillos eran tiroteados con escopetas de perdigones, atacados con piedras lanzadas por los tirachinas, cogidos con cepos y ballestas y atrapados con grandes redes, aprovechando la penumbra en una noche de luna llena. En muchas casas particulares se los comían fritos, o en paella. Pero en la gran mayoría de los casos los indefensos pajarillos eran, después de muertos, pelados dejándoles un par de plumas en la cola, y metidos en una talega eran llevados por los furtivos a algún bar o taberna, donde se los pagaban, para luego freírlos y ponerlos a la venta. Decían que eran un bocado exquisito. Especialmente apreciados eran los zorzales, pájaros migratorios muy parecidos a los gorriones, pero algo mayores y sobre todo más gorditos. ¡Bueno, vale!

Afortunadamente la sociedad actual está tomando conciencia del beneficio que representan las aves en nuestra vida y se empiezan a dictar normas para la conservación de las mismas, a sabiendas de que, no solamente nos alegran la vista y los oídos, sino que también nos son útiles, pues liberan de las molestas y dañinas plagas de moscas, mosquitos y algunos otros insectos perniciosos y no tan simpáticos.



Siempre he pensado que las aves son una de las cumbres de la Creación, ellas saben andar, volar y nadar con naturalidad; no necesitan vestimentas, complementos, perfumes, abalorios, ni tecnologías. Y además no precisan de las urnas para votar, y lo que es mejor aún, no tienen que pagar impuestos. Este artículo debería haberlo titulado “LAS AVES EN GETAFE”, pero decidí ponerle el que lleva, porque es más común, menos solemne y además sugiere graciosas polémicas. Espero que os haya gustado.

En Getafe, enero del 2015.

Lamberto Sanz Esteras.

Dedicatoria:

Por su trabajo, por su bondad, por su voz y por unas cuantas cosas más, éste trabajo está dedicado a mi buen amigo Félix García Madrid.